

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 24 DE MARZO DE 1909.

NÚM. 65.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN

DE
nuestras planas en colores.

Dedicamos hoy nuestra portada á modas de primavera, para niñas, ofreciendo á nuestras abonadas tres modelos de vestidos sencillos y elegantes.

Es el primero un traje para niñas de diez á catorce años, en tesor blanco, con blusa de pliegues, añadidas á los lados. Canesú y vuelos en tejido de colores, con aplicación de bordados en seda y dos filas de botones á los lados del delantero.

Cintura ceñidor, con caídas cortas, y banda de tela en el bajo de la falda.

El segundo figurín es el de un vestido para niñas de ocho años, en la color crema, guarnecido de pequeñas presillas de seda azul. Canesú de Irlanda, botones de tela, cintura de cuero y cuello abierto, á la marinera.

Pequeña falda añadida con pliegues ahuecados y cierre por detrás.

El tercer modelo, propio también para jovencitas de diez á quince años, es un vestido en tejido blanco, batista. Blusa de pliegues respunteados á máquina, con sobremanga en la misma forma y ribetes de Irlanda.

Falda de corselete, con cintura de seda liberty y guarnición de entredós, de encaje ancho.

Nuestra doble plana centra la componen otros seis elegantes modelos de vestidos para primavera, y seis novísimas blusas, también para la temporada.

Número 1.—Traje princesa, en paño ligero, con un guimpé hecho de ribete bordado, con borde de liberty, y un canesú de encaje, sobrepujado también; el plastrón es de encaje de tul y la cintura de raso; las costuras son aplastadas y atravesadas por soutachés, y botones de la misma tela.

Número 2.—Toilette de la estación, en paño fino, como la anterior, con cuerpo guarnecido de tirantes y aplicaciones de tela, con canesú de encaje blanco y á cuadros; botones de pasamanería, y cuello alto, de encaje. La falda es de cuatro paños, con el delantero en forma de pieza adherida, con el volante añadido.

Número 3.—Toilette de ciudad, de hechura princesa, para confeccionar en la misma tela que las anteriores, con un bolero aplicado y cortado en dientes; guimpé en liberty negro, adornado de botones de pasamanería y lacitos en cordoncillo. Alzacuelo de encaje; cintura de tela, que forma sardinetas, y delanteros cruzados, adornados de botones de la misma tela.

Número 4.—Toilette de ciudad, en cachemira de seda; cuerpo blusa con delantero de festones, al que se unen bandas de tela. Plastrón en tul plegado, con botones de pasamanería ó de la misma tela; cintura de liberty, fal-

da de tres paños que sigue la forma del cuerpo.

Número 5.—Traje de paseo, en tesor, adornado de ribetes de soutaché y botones de pasamanería. Plastrón de encaje y falda corselete, de cuatro paños.

Número 6.—Traje princesa, en tesor bordado al cordoncillo, adornado el delantero con motivos de pasamanería y rodeado, á cada lado, de una banda de tela, añadida; canesú de encaje de tul plegado; el cierre del traje por delante.

Blusas.

Letra A.—Forma camiseta, en paño con entredós de tela, plegados al través; botones y plastrón de batista.

Letra B.—En seda, delantero y espalda de pliegues estrechos, ahuecados; mangas plegadas al través; guimpé de encaje, que monta sobre los hombros; aplicaciones de tela con respuntes de seda al cordoncillo; bandas de pasamanería delgada.

Letra C.—B usa sin cuello, en velo de seda plegado al través; descote rodeado de aplicaciones en bandas de tul colicadas; mangas y sobremangas plegadas al través.

Letra D.—Forma camiseta, en tejido, plegada por grupos; plastrón que se prolonga hasta el talle, adornado de botones de la misma tela y vivo de tafetán.

Letra E.—En tul, dispuesta á sobrepepunte y pliegues al través. Aplicaciones de Irlanda, estrechos bieses de liberty y ricitos de tul, plegado.

Letra F.—En chantung, con bordados al cordoncillo; tirillas de pasamanería, encaje y pliegues á sobrepepunte.

Coronas.

Número 1.—Corona de duque. El anillo y hojas son de oro; las piedras, tanto de las hojas como del anillo central y extremas, son rubís, y las laterales, ambos lados, esmeraldas, y el interior del anillo, de terciopelo rojo.

Número 2.—Corona de marqués. Los colores son lo mismo que la corona anterior, con la sola alteración de que los dos grupos de tres perlas son blancas.

Número 3.—Corona de conde. Los colores son lo mismo que en la corona de duque, con la diferencia de que las nueve perlas son blancas también.

Número 4.—Corona de vizconde. Los mismos colores, y las tres perlas del remate con las dos intermedias, blancas.

Número 5.—Corona de barón. El anillo es de oro, y las piedras de la corona y el collar que circunda diagonalmente el anillo son de perlas en blanco.

Número 6.—Corona de caballero. El anillo es de los mismos colores de las coronas anteriores.

Bordando en oro estas coronas, con canutillo plata las piedras, y las perlas y los anillos con camarafia, resultan de un gran efecto.

En muchas labores pueden hacerse también con un color sólo, con algo dones, sedas ó torzales.

ECOS DE LA MODA

La primavera llega. En el campo de la moda ¿qué novedades hay? ¿Tendremos sorpresas de sensación?

Sí, pases, de modo evidentísimo, que habrá de continuar la pausada transformación de estilos, que há tiempo se viene iniciando, hasta que pueda surgir una forma definitiva y nueva que rompa los moldes.

No obstante, al menos por lo que se refiere á la próxima estación, no es aventurado suponer que varíen ni la sencillez de las faldas ni la moda de las mangas lisas, como asimismo llegarán evándose las evitas largas.

Respecto á las telas de entretiempo, gozarán de favor las lanas escocesas y los pañetes en matices oscuros, así como de color incierto.

Lo mismo decimos acerca de los adornos, creyendo que ha de continuar el reinado de los galones metálicos, *soutachés* y botones de tela.

Lo que sí podemos indicar como una transformación que insistentemente anuncia las modas de París, se refiere á una marcada tendencia en la longitud del talle, en cuyo caso podían dibujarse de manera más clara, «sacudiendo» un tanto la tiranía de los estilos Directorio é Imperio.

En géneros delgaditos y «esponjosos» hemos visto algunos de los primeros modelos de primaverales vestidos, en los que se observan una perfecta unidad, entre el matiz del traje y aquel propio de sus adornos.

Los nuevos figurines son elegantísimos y de graciosa factura.

Los modistos parisienses acaban de «lanzar» dos lindas creaciones: una preciosa *toilette* en velo de seda color de cielo azul pálido, y otra en tafetán malva con irisaciones azuladas.

Obsérvase la tendencia general á desechar los antiguos trajes de paño de talle corto, y que tan difícilmente pueden sentar bien á ninguna mujer.

Los trajes de que hemos hecho mención son para medio vestir, pudiéndose llevar igualmente por el día que por la noche, con sombrero lo mismo que sin él. Están indicados para teatros de segundo orden, *lunchs* y comidas de confianza.

Las faldas de estos figurines novísimos tienen cuatro y cinco metros de vuelo, lo que está muy lejos, por fortuna, de aquellas diez ó doce varas que se llegó á vaticinar.

Aún se verán por mucho tiempo los trajes de talle corto; pero como la moda tiene sus rápidos caprichos y

de súbito, inopinadamente, surge un cambio radical de modelos, aconsejamos á nuestras lectoras que procuren en este, como en todo caso, de abstenerse de exagerar los figurines. Si así lo hacéis, se dificultará grandemente la reforma de vuestros trajes, pues es *perjudicial* intentar que un vestido ajustado y estrecho, por ejemplo, se convierta en otro amplio y de hechuras vagas. No impone la moda, á veces, esta absoluta variación de formas? ¿Y no es una lástima—como vulgarmente se dice—que por habernos excedido en la copia del modelo, pretendiendo ser más elegantes cuanto más se exageran los figurines, que por este pecado de excederse, repito, se tengan que desechar preciosos vestidos que aún están nuevos y que os costaron muy caros?...

Apuntamos como detalle curioso que en las últimas modas se utilizan con gran variedad de combinaciones el adorno de cintas, empleándolas de muy diversas maneras.

En cuanto al capítulo de peinados continúa denominando el estilo Directorio. La raya no sigue en uso más que en los peinados de *cocas* ó *bandós*, en los que se estiló llevar uno más alto que otro. Muchos buccitos; eso que los peluqueros de hoy llaman «marrón». El moño, grande y redondo, entrecruzado de cintas—pero sin abusar—¿eh?—y que pueden usarse aun llevando sombrero. Acerca de éstos es un hecho la moderación en sus tamaños.

Es un triunfo del sentido común. Como adornos predominarán las flores, en particular las rosas.

Terminemos la crónica de hoy dedicando un parralito á la ropa blanca.

Acentúase la moda de sustituir la enagua con los pantalones, anchos y largos. Las camisas, con escote cuadrado y con entredós bordados de encaje.

La novedad del *maillot* no fué más que una efímera fantasía, que cada vez «salen» más bonitos modelos de ropa interior.

Por hoy nada más. Esperemos las primeras brisas de Abril y con ellas salud y contento, para que vosotras, las jóvenes hermosas, adornéis vuestros encantos naturales con las nuevas maravillas de la moda, apetecida y tirana.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Anagramas AM, JF y MC para bordar en pañuelos.

¡GOZAR SUFRIENDO!

En la reducida aldea asturiana de X..., suspendida como un nido de águilas sobre el abismo en que ruge el Nalón, vivía Carlos Valdés, quien pasaba por loco. En efecto; cuando se veía á aquel sér, cubierto con ropas cortas deterioradas, andar con los largos brazos balanceando á los lados, largos cabellos rubios colgando sobre la espalda y los grandes ojos negros fijados en el vacío, indiferente á todo lo que no fuera su visión, se experimentaba la tentación de decir, acompañado de los tristes balanceos de cabeza de los sencillos aldeanos habitantes del país: «¡Pobretico!... ¡Está loco!» Pero no; Carlos no era un loco. ¡Era un poeta, el más puro de todos, un poeta inconscientemente poeta, el poeta de la visión, del ensueño!

Los aldeanos montañeses sentían por él aquella especie de respeto, mezclado de temor, que tienen para las anomalías de la Naturaleza. Era pacífico; se le dejaba tranquilo. Su mayor placer era recorrer los bosques umbríos y todos los rincones y escondrijos del valle del Nalón, tan variados, que la vista, sin cesar un momento de contemplar su variedad no se saciaba nunca de aquel espectáculo.

Desde el principio del buen tiempo, Carlos había tomado afecto á una gruta natural, situada á un centenar de metros aproximadamente á la derecha de la aldea, que la dominaba, como asimismo una parte del valle. Con un pedazo de pan de centeno en el bolsillo y una botella de sidra, se marchaba al amanecer á su sitio predilecto y no regresaba hasta que cerraba la noche. ¿Qué admiraba allí el poeta? Sin duda el paisaje desahogado á su vista, con los bosques y los pastos llenos de ganado, los cuatro ó cinco chalets modernamente contruidos y situados en el borde del abismo; la argentada cinta del torrente con sus claros y oscuros, sus voces rordas ó claras, era suficiente para tener fijada su imaginación de sensitiva durante muchas horas.

Sin embargo, la vista de Carlos no se separaba de la dirección de un chalet, situado debajo, á unos cien metros apenas. Inmediatamente que se abría por la mañana la ventana de la izquierda de la casa, en la cara del joven irradiaba una alegría intensa. Una linda cabeza de joven aparecía pronto en el cuadro formado por el marco de la ventana. Carlos se inclinaba hacia ella y quedaba en éxtasis.



Traje de paseo para niñas pequeñas, en batista de seda blanca bordada. Fondo de falda y trena en muselina de seda color rosa.

La que parecía tener tanta influencia sobre el alma sencilla del poeta de la Naturaleza, era Rosa, monísima joven, que había venido á pasar con su madre, viuda de un industrial gijonés, dos meses en plena mona de Asturias.

Carlos amaba á Rosa. ¿Qué había necesitado para eso? ¡Oh! ¡Nada, casi nada! Un día, durante el paseo, Rosa se lamentaba de que no podía llegar á una flor demasiado alta. El joven la oyó, y á algunos momentos después depositaba la flor en manos de la señorita, quien le dió las gracias con una sonrisa... Esto fué.

Ella no volvió á ver más á Carlos y no debía volverlo á ver. Poco sospechaba la hermosa joven que un sér humano la espiaba, lleno de muda admiración, y convertido, por así decirlo, en sombra de su sombra.

Pero aquel día Carlos vió con asombro, más temprano que de costumbre, á las dos damas, y lo que más le sorprendió. Rosa le pareció que vestía con mayor elegancia.

El montañés se irritó, sin darse cuenta de lo que experimentaba...

Las dos señoras tomaron la carretera de Oviedo, y pronto Carlos vió á un hombre con uniforme militar, que se dirigía hacia ellas con paso precipitado. Era el prometido de Rosa, Fernando, teniente de Artillería.

Aprovechando una licencia de un mes que le habían concedido en Trubia, donde prestaba servicio, venía á gozar del esplendor del paisaje asturiano, al lado de su futura esposa.

Fernando y Rosa se amaban tanto como pueden amarse dos corazones jóvenes, puros y generosos. De modo que, cuando se volvieron á ver, después de quince días de separación, aquello fué para ellos la fiesta ideal de su cariño y de sus almas.

Allí arriba, en su gruta, Carlos padecía cruelmente, y de sus ojos, fijos en el grupo que tornaba al chalet, se desprendían lágrimas, que caían pesadamente una á una sobre su corazón.

Había comprendido que aquel joven oficial había venido para Rosa; había comprendido que se amaban. ¡Rosa amaba á otro!

En el fondo de su amor, tan puro, tan inocente, había algo de egoísmo. Carlos no había habido nunca á la joven... ¿Se acordaba siquiera de su encuentro? ¿Qué había, en suma, de común entre ella y él? El joven, completamente absorbido por un sentimiento leve que le dominaba, no había pensado nunca en otra cosa. Distaba de una dicha infinita, absoluta, amando; pues esto bastaba por completo á su corazón.

Desde el momento en que apareció Fernando, fué celoso. Sufrió. Envidió al oficial que venía á robarle su idolo, y junto á su amor inmenso y suave, casto, nació y creció otro sentimiento, también muy poderoso: el odio!

Carlos no podía dormir. Dejó su observatorio é hizo un lecho en un espeso matorral que había próximo á la rústica casita. Noche y día estaba espiando en la sombra. Con la aproximación á la que amaba, sufría mucho más. Oía cantar cerca suyo aquel amor que sin tregua construía castillos en el aire, muy fáciles de construir, pero pronto reducidos á polvo impalpable. Cada una de aquellas palabras, impregnadas de la radiante alegría de un amor recíproco, penetraba en su corazón como una flecha.

Un día, aquel corazón ulcerado saltó de alegría. Oyó:

—Así, pues, Fernando, ¿quieres absolutamente ir al puente del Diablo?

—Sí.

—Esto es temerario, Fernando— añadió la voz de la madre—.

Los aldeanos llaman á este paso el puente del Diablo, porque, según ellos dicen,

solamente el diablo puede pasar por allí. Piense usted, amigo mío... ¡que es una cresta de menos de un metro y situada entre dos abismos!

—Justamente... hay en ello el atractivo del peligro.

—Fernando—añadía la voz argentina—, no tienes piedad de mí.

—¡Mediosilla!—dijo el oficial, cuya voz se convertía insensiblemente en gruñona—. Esto es un defecto grave para la mujer de un militar.

—¡Pues bien! Sí... convengo en ello; tengo miedo... ¡Te lo suplico, Fernando; no vayas!

—¡Ah!—pensaba Carlos, torturado por los celos—. ¿Por qué se lo quiere impedir?

Conocía muy bien el puente del Diablo, aquel arco vertiginoso que une las dos cimas del Pajares. Lanzó un suspiro de desahogo. Resistiendo á las súplicas de las dos señoras, el oficial impuso su deseo de intentar la excursión.

El día empieza á clarear. Flechas de oro, salidas del horizonte, van á quebrarse en la cima de las empujadas rocas y se reflejan en mil facetas salientes de las piedras. Una capa de niebla flota sobre el valle, desde donde va subiendo hasta el atrevido excursionista el sombrío torrente. Dentro de un cuarto de hora habrá el gado al puente del Diablo. Se detiene y contempla el paisaje.

La niebla es cada vez más ligera. Ya empiezan á brillar algunos techos en las profundidades de la garganta. Finalmente, una ráfaga circular por encima de los bosques, y la niebla, desgarrada en mil pedazos, es arrastrada hacia el horizonte. La población aparece, á la vista de Fernando, semejante á un minúsculo juguete infantil. Dirige sus gemelos hacia allí, y acaba por distinguir el chalet en que habita lo que más ama. Algo blanco, apenas perceptible, flota en una de las ventanas... y el joven sonríe; es la señal convenida. Saca el pañuelo y lo agita. ¿Lo verá?... Envía un beso á través del espacio y emprende, alegremente, el camino...

Ya está allí.

Con un pie en el arco del puente, se detiene un momento. En efecto, los dos abismos tienen una profundidad vertiginosa. ¿Retrocederá?

Da el primer paso. La roca está formada por una piedra calcárea, esquistosa, y resbala bajo sus pies, de donde procede el nombre de Montaña Podrida. El militar siente un impulso de retroceso. ¿No es eso tentar á Dios?

—¿Voy á tener miedo?

Y resueltamente se interna en el diabólico arco.

Ahora casi se sonreía de su corta vacilación.

De repente, el sol, oculto detrás de una roca, se presenta y le hieren plena cara. Deslumbrado, Fernando da un paso en falso... Resbala y lanza un grito... ¡Está perdido!

Cuando vuelve en sí, está acostado al lado de un manantial que había atravesado antes. Recobra la memoria... recuerda su deslumbramiento... el abismo dispuesto á tragarse... Alguien le ha retenido en el momento en que iba á desaparecer en el vacío, y lo ha llevado hasta el manantial. Pero, ¿quién?... Es: á solo.

Dos semanas han transcurrido. Fernando ha hecho buscar por todas partes á su salvador. Trabajo inútil. Los aldeanos se sonríen. El oficial habrá sentido el «mal de las montañas» antes de llegar al puente del Diablo—dicen—; habrá creído caer en el puente mismo. El oficial está propenso á creerlos.

Los años transcurren. Fernando y Rosa son los más dichosos esposos esposos del mundo. No sabrán nunca á quién deben la dicha.

En cuanto á Carlos, ha reanudado su vida contemplativa. Está un poco más triste, he ahí, y murmura un nombre que nadie puede entender.

Y cuando las viejas, las más viejas



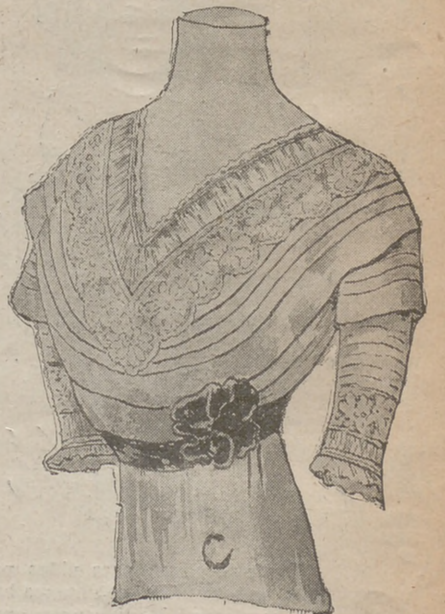
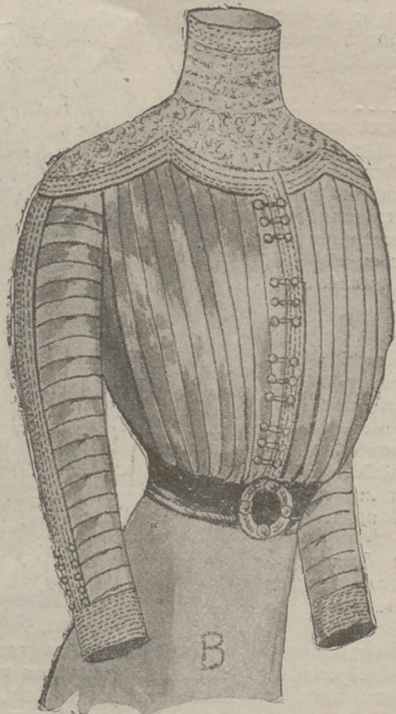
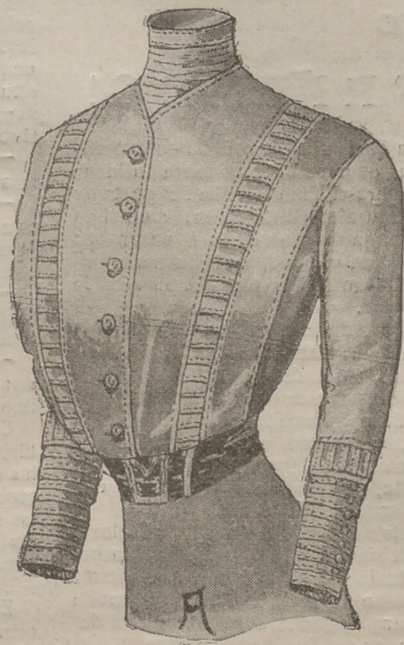
Vestido sencillo para niñas de seis á ocho años, en velo blanco, guarnecido de falbales. Lazos y trena en cinta de seda liberty color rosa.

abuelas de temblorosa barba le ven pasar, se persignan devotamente y murmuran: «¡Pobre loco!», sin sospechar que aquel loco, al arrancar á la muerte á aquel hombre que interrumpía su sueño, había vencido el odio para apartar las lágrimas de los ojos de aquella que adoraba.

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUDO

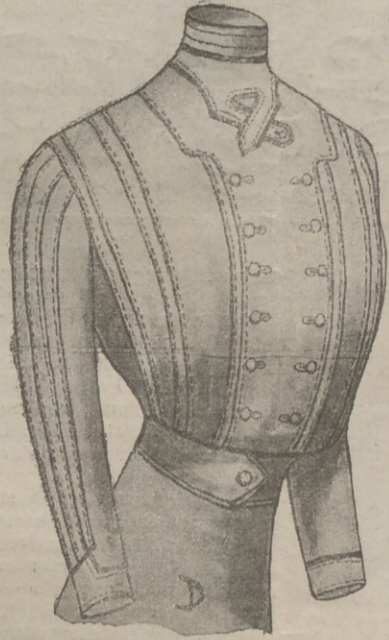


Traje para niñas gran novedad, por el cuello que lleva un volante plisado á manera de pecherín, así como en los puños. La cintura es de ceñidor con caídas.



La MODA

G



PRACZYKA

Estafeta de La Moda Práctica



Elegante blusa de visita en tela encaje, sobre un drapeado de gasa de seda azul en forma de echarpe, que cae del lado izquierdo de la espalda. Camiseta y sobremargas en tul plisado y canesú y cuello de puntilla fina.

Camelia.—Hay un término medio en que la mujer, sin ser coqueta, debe no mostrarse sosa. Ni tan picante como la guindilla, ni tan sin gusto como las patatas sin sal.

Eso de que su novio se encuentre desesperado por la frialdad de usted, es algo que usted ha de resolver sola.

Piense y haga lo que sienta ó lo que deba, pero no quejándose de ninguna de las consecuencias de los opuestos extremos, porque todavía no se ha resuelto el problema de «repicar y andar en la procesión». ¿Con que por sosa va usted á perder un «porvenir desahogado»? Es esto lo que más preocupa, ¿verdad? Pues bien; sabiendo la causa, apíquese el remedio y lá conseguirá ese «desahogo!»

Capullito en flor.—¿Canas á los

quince años? ¿A que no es verdad? ¿A que ese discolorido del pelo obedece á que ha abusado usted sin ton ni son de tintes perjudiciales? Para hacer que desaparezca ese arco iris que aparece en sus cabellos, la recomiendo con toda eficacia las lociones de agua Oriental.

Una francesa.—No sé, por ahora, de ninguna suscriptorá que haya solicitado de mí la indicación de una buena profesora de francés. Amenudo me hacen estos encargos. En cuanto reciba alguno, escribiré á usted, y hablaremos; lo mismo que si me piden alguna señorita de compañía; porque ya sabe usted que yo, en mi calidad de secretaria, soy una especie de panacea, á la que todas acuden en sus cuitas más diversas.

Futuras primas de un capitán.—Los cuadrantes de que me hab'a eran diferentes modelos; por eso había diferencia en sus tamaños. Contra los barros emplee diarias lociones de un preparado compuesto con 30 gramos de su furo de rotasa, disueltos en un litro de agua. Es una receta desagradable por su mal olor, pero de positivos resultados.

Los visillos de alcoba se usan mejor largos, pero tampoco están mal los cortos.

Recordando su ruego acerca de dibujos en la sección correspondiente.

Una abonada.—Vea usted lo que en el número pasado contesté á La

Curra en la segunda parte de sus consultas.

Naranjas de la China.—¿Modelos de peinado? Los que mejor sienten. ¿De sombreros? En LA MODA PRÁCTICA se publican siempre gran variedad de modelos últimos, con su grabado y explicación «al calor». La cola es regular, y para vestir, mejor está llevar zapatos, que botas.

Marta.—Creo no debe usted lavarse con moyuelo, pues oscurece mucho el cutis; pruebe la pasta Izur, que es maravillosa y lo mejor que se conoce para la higiene de la piel. La encontrará: Carn en, 2.

A B C.—Lociónese todos los días con agua fría, aromatizada de buena colonia. También se emplea el cocimiento de saúco.

Póngase el corsé desde por la mañana y espolvoreése el busto cada dos días con esta receta:

Harina de arroz.....	50 gramos.
Idem de castañas de la India.....	50 —
Polvo de almendras amargas.....	50 —
Polvos de iris.....	25 —
Magnesia calcinada.....	5 —
Esencia de madera de Rodas.....	3 —

Marianela.—Tenga usted la seguridad de que el agua Oriental le ha de servir para unificar el color del pelo que le pusieron á usted como un arco iris diversos tintes. Y esté tranquila, que ni perjudica á la salud ni mancha tampoco.

Una pelona.—La fórmula que me pide para rizar los cabellos sin necesidad de tenazas ni horquillas, se prepara del modo siguiente: Se mezcla un poco de semillas de linaza con raíces de altea, en cantidades iguales. Luego se hace hervir, se pasa y se deja enfriar, mojándose en seguida en esta substancia los cabellos que se deseen rizar.

En mi concepto, no se debe dar crédito á esa agua verde, excesivamente maravillosa, que tiene la propiedad de hacer brotar el pelo, aunque sea en la palma de la mano.

Todo eso son infundios. En diferentes números de LA MODA PRÁCTICA puede usted ver muchas recetas que para el crecimiento del cabello he dado á varias suscriptoras, recetas que tienen en su abono, por lo menos, su mayor racionalidad.

Contra la palidez y sequedad de los labios le recomiendo la coquetísima costumbre de mordérselos frecuentemente, aunque queda entendido que es preciso no hacer del remedio un pernicioso abuso.

Acaso también pueda convenirle el apelar á un ligero toquecito de carmín, mas huyendo siempre de las exageraciones.

Celeste.—No puede estar bien sin forro; póngaselo de *glasé*, y así puede evitar los inconvenientes de que me habla.

Combata esos claros que se observan en el pelo de la niña, con fricciones de quina y preparados de azufre y aceite de ricino. También suele dar buenos resultados el empleo frecuente de lociones en que se mezcla el almidón con los polvos de iris. Todo, menos ese absurdo procedimiento de despuntar los extremos del pelo con tenazas al rojo.

Si, es posible que una misma se quite el pelo por medio de la electrolisis, en cuanto tenga usted los aparatos precisos; pero es mucho mejor y es más barato acudir á los servicios de esos Institutos de belleza que tan-

to anuncian la práctica de la mencionada operación.

¿No ha oído usted hablar de esas fajas higiénicas para reducir el abultamiento del abdomen? Las buenas corseteras tienen en esto gran variedad de excelentes modelos.

Lo que me pregunta del *bistek*, se consigue friendo los filetes con el aceite no muy caliente y teniéndolos á la lumbre sólo el tiempo preciso.

Digale usted á su señora hermana, que tanto interés tiene por no ajamarse, que lea en anteriores números de LA MODA PRÁCTICA el plan extenso que he indicado varias veces, plan que, sobre todo, se refiere al sistema de alimentación y á los preceptos higiénicos que hay que poner en práctica para que no empiece á iniciarse, prematuramente, la falta de esbellez y esa tendencia á «la forma apaisada» con que comienza á iniciarse el triste caso de la juventud.

Monteblanco.—Sí, señora; use el agua Oriental para conseguir que sus cabellos vuelvan á ostentar su matiz primero, unificando el color y haciendo desaparecer ese feísimo veteado que tanto le mortifica.

Charito.—Para hacer desaparecer las canas y unificar el color de los cabellos, nada hay mejor que emplear las lociones de agua Oriental.

La Secretaria.



Bata de casa, en crepé de china color rosa, con cintura de oro, pasando por bajo del tablero del delantero de la falda. Manga kimono, con vuelta de seda blanca y ribetes pespunteados, sin adorno de ninguna clase.



Nombres para bordar en ropa blanca de niños.

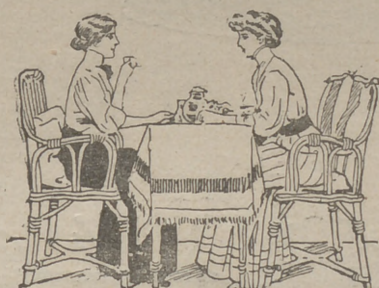
FIGURÍN DEL PATRON CORTADO



Nuevo cuello marinera para varones de cuatro á doce años en tela de mezclilla, de gran novedad por su corte y figura.

Explicación de las piezas del patrón cortado.

Número 1. Cuello.—Número 2. Pecherín.—Números 3 y 4. Corbata. (Una parte de cada una de las piezas.)



Charlemos.

Del saludo.

Es regla de buena cortesía no estrechar la mano de aquellas personas á quienes se conoce ó trata por primera vez, á menos que dicho acto no se haya indicado por un movimiento espontáneo de misericordia ó ayuda, ó cuando sean personas dirigidas por una amiga común, por aquello de no desmentir el proverbio que dice: «Las amigas de nuestras amigas, serán también nuestras.»

Tampoco debe darse la mano á aquellas personas que comprendamos no volveremos á ver en nuestras relaciones de sociedad.

Sucede á veces que á primera vista nace una simpatía viva de inclinación entre las interlocutoras, y entonces, obedeciendo á este sentimiento, puede estrecharse espontáneamente la mano de la persona presentada.

Jamás un caballero debe ofrecer su mano á una señora al saludarla. Es de ésta de quien debe partir la iniciativa del acto, en virtud del axioma:

«Es la reina la que habla primero», y en los *rappports* sociales la mujer es la reina, ó al menos tiene preeminencias sobre el hombre.

Así lo exige la cortesía de todos los países civilizados y cultos.

La señora que ofrece su mano á un caballero, le da á entender que le es agradable, que le ha dado pruebas de buena educación, de seguridad de carácter ó de confianza.

Cuando un caballero estrecha la mano de una señora, lo hará de una manera delicada, inclinándose un poco en señal de respeto y de reconocimiento.

Hay personas que no hacen sino alargar los dedos ó tocar ligeramente la mano. Esto es extremadamente cursi, aunque algunas lo creen distinguido. El saludo de manos debe ser franco, sin ser brusco, espontáneo y rápido, pues la retención prolongada de la mano de nuestra interlocutora es una falta de educación cuando no se tiene gran confianza.

Un detalle de muy mal gusto en el saludo de manos es también el de ofrecer la izquierda, por llevar la derecha ocupada. Cuando suceda esto deben pasarse los chirimbolos á la izquierda, y ofrecer la diestra siempre.

Una señorita ó una señora joven deben abstenerse del saludo de manos con muchachos jóvenes. Estos también deben tener el tacto suficiente para no obligar á nadie.

En la intimidad no existe otra fórmula más cordial, más sincera; es más elocuente á veces que las palabras; un apretón de manos es, por último, el saludo más higiénico y expresivo en la actual sociedad.

CRÓNICA DE LA REALIDAD

... Si que lo recuerdo bien; fué así: Y mientras tanto liaba un cigarrillo, contemplaba, disimuladamente, la cara de su ex conquista.

Era un muchacho vulgarmente excepcional; y digo así, porque es á lo que vosotras llamáis excepción, y de los que encontraréis mil á vuestro paso. No recuerdo cómo se llamaba, ni creo os interesará mayormente. Tenía los cabellos largos y planchados, parecía su tipo un maniquí de escaparate, con la raya del pantalón muy señalada, á fuerza de colocarlo varias noches bajo los colchones de su cama; sus botas eran de mucho brillo y sus calcetines de color chillón. ¿No le reconocéis?

Pues era el tal muchacho de los que más chillaba en la sociedad de las de Filoménez.

Llegaba el *martes azul*, y á poco de reunirse todas las muchachas contertulias, aparecía él, haciendo reverencias y diciendo chicolos insulsos, pero momentáneos, á todas las niñas.

Ya se sabían las primeras palabras: «La de Sinforiáñez le era antipática; la de Gumersindez tenía la palabra tarda...» ¡Pch! Corazones que él desojará. Luego hacía alarde mil veces de Tenorio; él era el primer calavera madrileño; ¿y para conocer las mujeres? No había par. Donde se presentaba Torcuatito, bronca, Delega... ¡Qué sé yo las cosas así! Que le desafiaron á beber; pues no digo nada si se terciaba jugar ó tirar unos miles de pesetas. Total, que el muchacho se daba pisto de hombre mundano, ocultando á todo el mundo los apuros que hubo pasado una noche para conseguir de su padre permiso para ir á la primera de Apolo; lo que no empece para que el siguiente martes contase una gran aventura nocturna, á muy avanzada hora, con vistas á raptó, y con subyugación metálica de sereno, etc., etc.

Es lo cierto que, con sus monstruosas mentiras, logró interesar el corazón de una preciosa niña romántica,

cuyo espíritu, formado al calor de las lecturas de Lord Byron, soñara en un don Juan para su peculio particular.

Pensá la niña: Esos labios marchitos de b: sos gozarán como de una resurrección en mis labios; el que tantas mujeres hubo seducido se enamorará muy mucho de mis ojos; su corazón, ahito de amar, se mecerá muellemente en las ilusiones de mis promesas... Y, ¡ay!, que la tal muchacha, como todas así, no estaba enamorada del muchacho, sino de su vida agitada.

No recuerdo cuántos días tuvieron relaciones amorosas; sólo sé, que, pasada la primera ilusión, vencidos los obstáculos que al joven parecieran infranqueables, y cuando comenzaron las facilidades, Torcuatito se aburría de amor. Necesitaba variación; un amor *semanal*, lo menos. Adem's, al encontrar aquellas facilidades, se creyó valer mucho, y... *picó más alto*.

No sé cuántas calabazas le dieron; lo que sí sé es que en Mayo le suspendieron, y tiempo perdido.

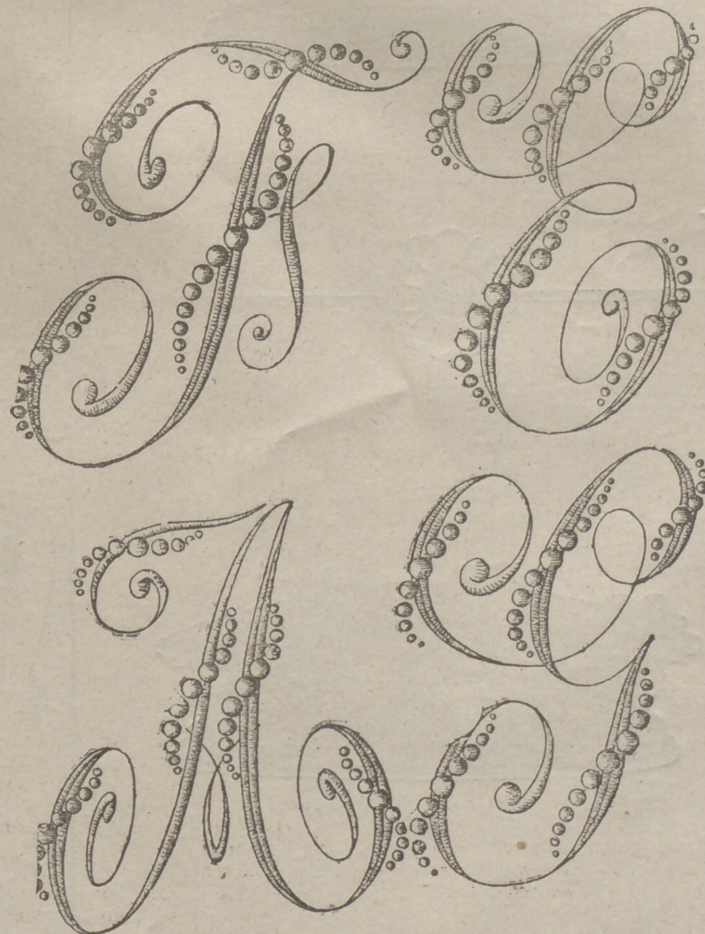
Ya pasaron para Torcuatito las ilusiones juveniles; el invierno, después de haber segado sus cabellos, unos pocos, y otros haber tornado albos, le recuerda aquellos *martes azules*.

¡Y cuán triste es el recuerdo!, y más triste aún el caso de que vosotras os *chifláis* en todo momento por estas calabazas sin sentido, que hablan mucho, porque piensan poco; que corren por el mundo locos, sin pensar un momento en su porvenir; viviendo al día y, como la mariposa, de flor en flor.

FEDERICO SOLER.

Festones para bordar. M. Guiseris, Montera, 41, Madrid.

REGLAS para toda clase de retratos. Cheque de 11 francos ó vales internacionales. Farmacia: Burot, 18, Nantes (Francia).

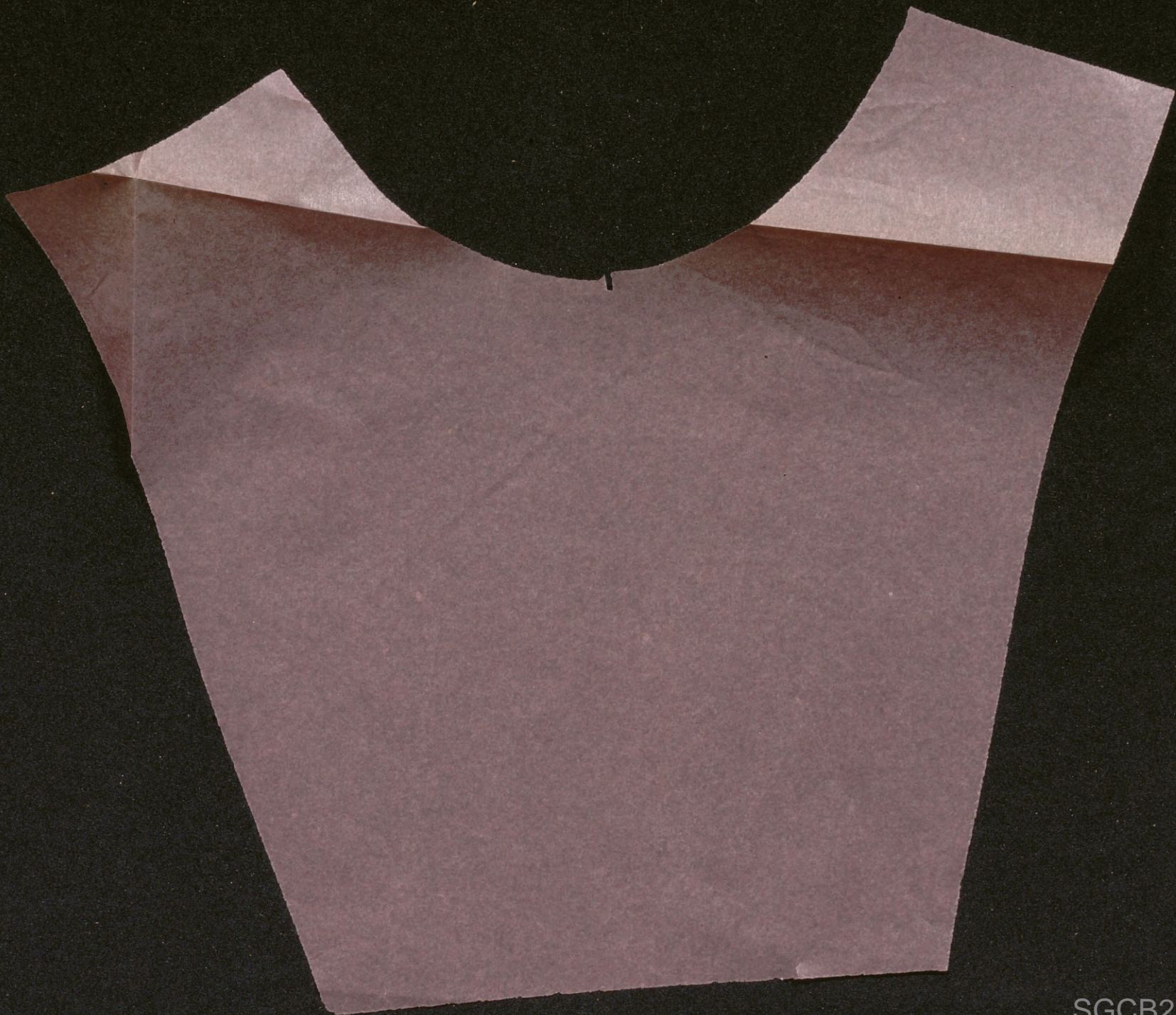


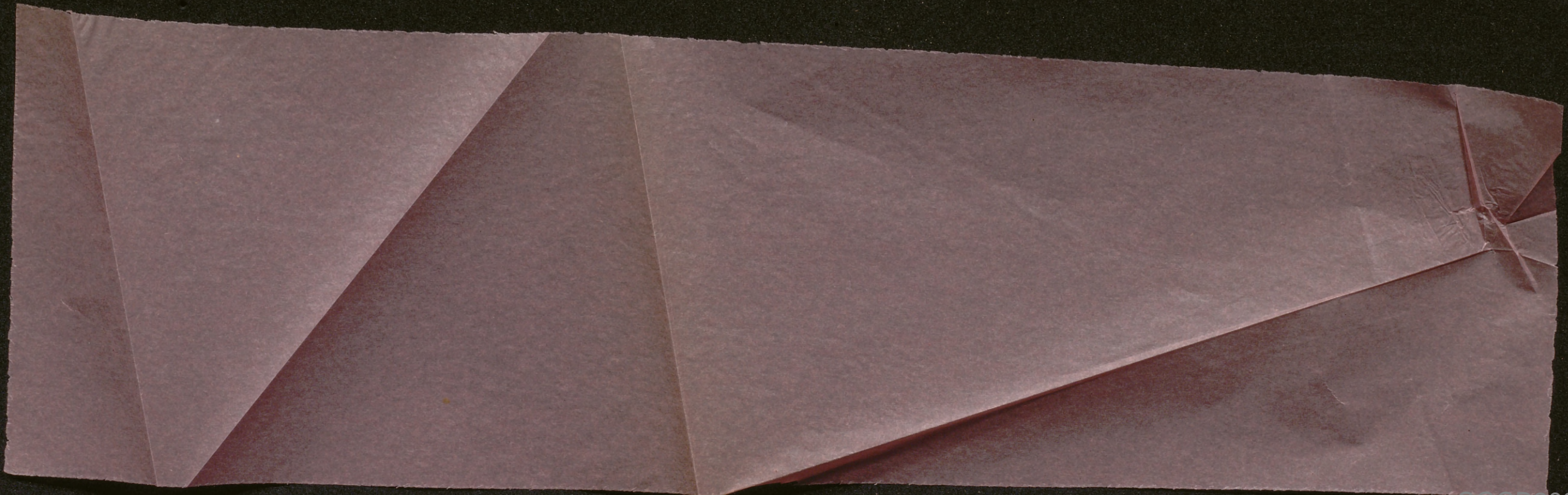
Letras para bordar con hilo lavable para almohadas y servilletas.

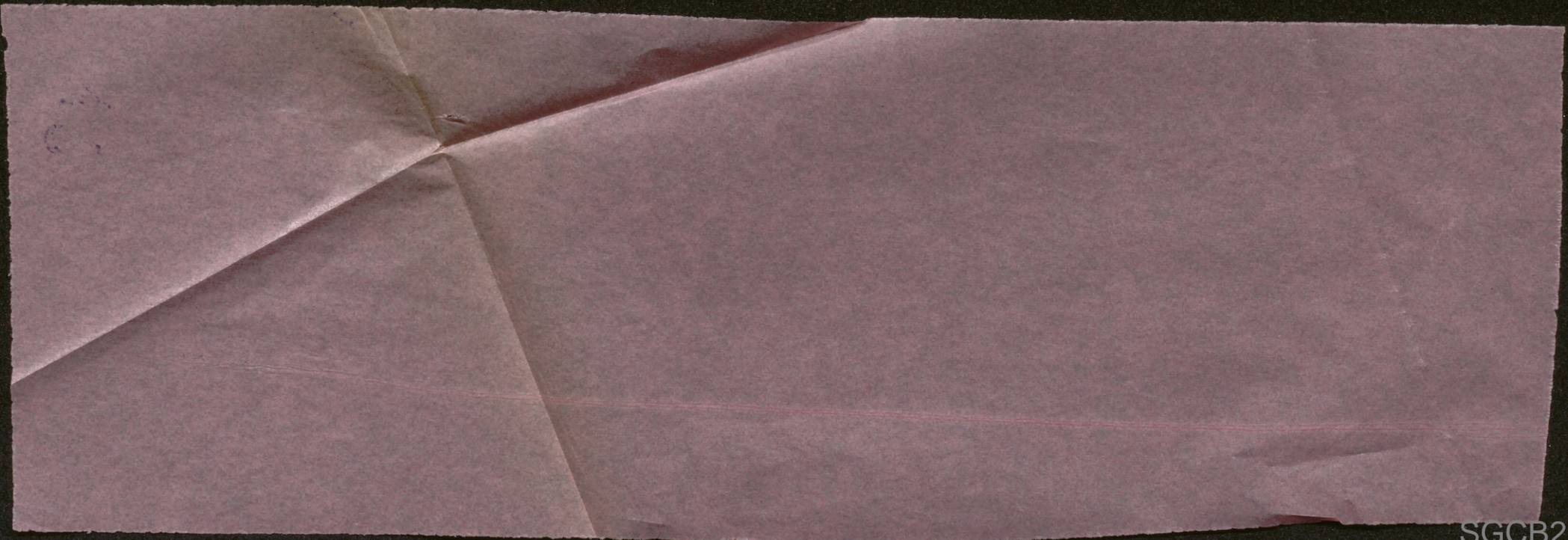
PATRON CORTADO
RECALO DE
LA MODA PRÁCTICA

no debe ser vendido, ni debe
contener el número de
la moda práctica

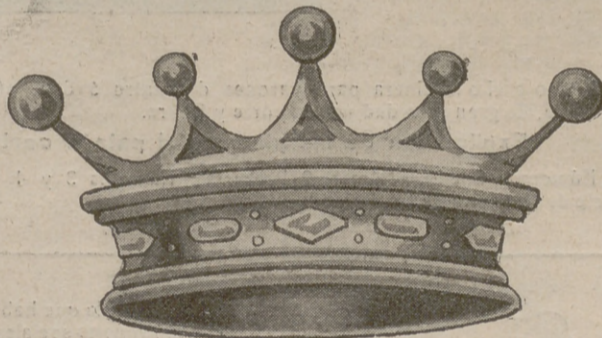
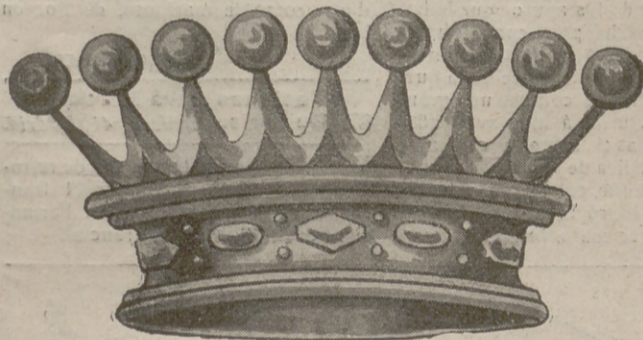
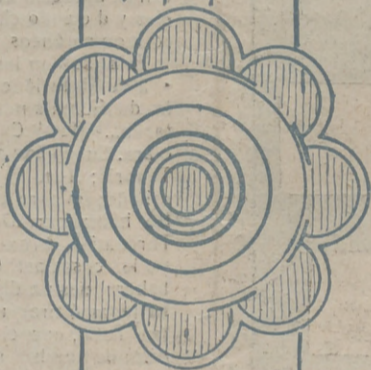
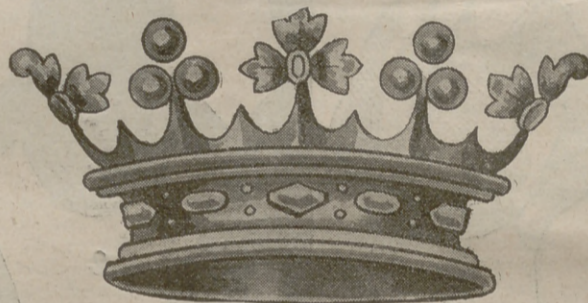
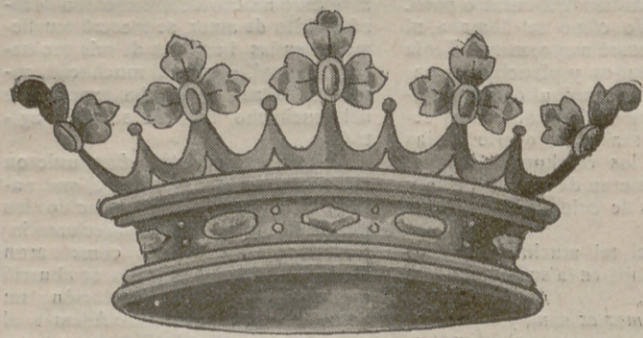




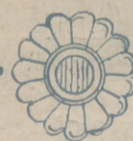
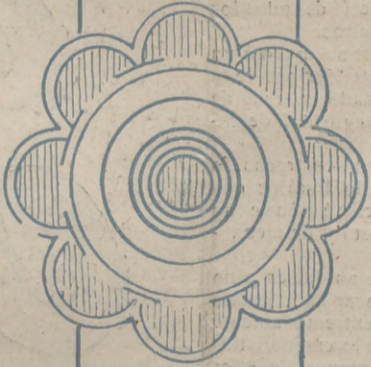




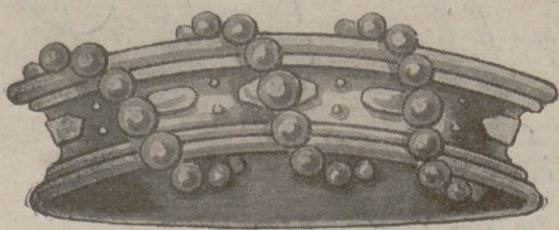
1



3



4



5

6